

27297

07

CCIÓ

O'KEEFE'S

L.A.

REPAIRACION

REPAIRACION

2008 W



1020028304

Núm. Clas. MR 62.5
Núm. Autor 1866
Núm. Adg. 32893
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasific. _____
Catálogo _____

Handwritten signature

FRANCISCO O'REILLY.

LA REPARACION.

Drama en tres actos y en verso.



FONDO

EDICIÓN
DE "LA JUSTICIA TAPATIA."

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Apdo 1625 MONTERREY, MEXICO

GUADALAJARA.

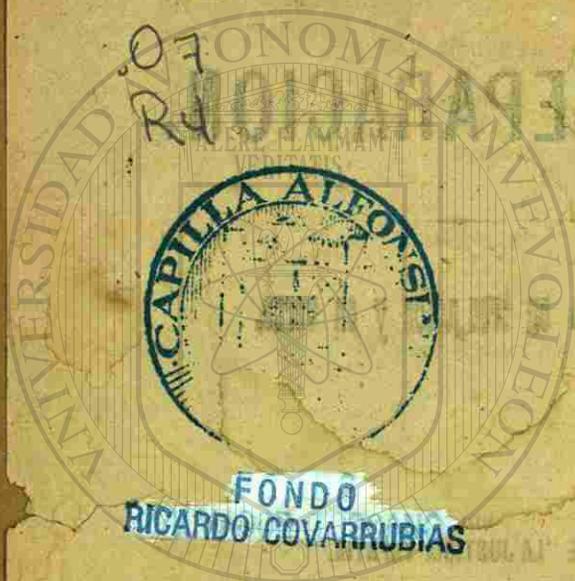
Tip. de M. Pérez Lete.—Placeres 49 y 51.

1889.

32893

862.
PQ 7297

07
R4



116712

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

8888

PERSONAJES.

EL DUQUE DE CASERTA.
ENRIQUETA JUÁREZ.
LUISA, su hija.
JUANA, maestra de Luisa.
D. CARLOS DE FONTANA.
LA SUPERIORA DEL CONVENTO.
SOR MARCELINA.
PASCUAL, mayordomo del Duque.
CABALLERO 1.º
CABALLERO 2.º
CABALLERO 3.º
EL HORTELANO.
UN CRIADO.
Caballeros, damas enmascaradas, criados, etc.

La escena es en Madrid.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año, 1925 MONTERREY, MEXICO



ACTO PRIMERO.

(Escena en Madrid.—Habitación de Enriqueta.)

Escena primera.

Enriqueta y Luisa.

Luisa.

Cuando hoy en el colegio, madre mía,
Vi relucir las gasas de mi lecho;
Al primer rayo de la luz del día,
Sentí mi corazón dentro del pecho
Saltar con nuevo ardor: á otra existencia
Me pareció nacer: la loca niña
Que antes tú conociste, la prudencia
La trasformó en mujer, y en la campiña
No corre sin cesar. Diez y seis años
He cumplido hoy, mamá: pocos por cierto,
Aunque llenos de amargos desengaños,
Cual dijo no sé quién, si vivo ó muerto.

Enriqueta.

No ha cambiado en mujer, mi D^a Luisa,
Y veo la mismísima loquilla,
Te instruyó la prudencia muy de prisa,
Y me dejó la misma taravilla;
Lo sé, lo sé muy bien, hoy has cumplido

Tus diez y seis floridas primaveras,
Y por eso te extraje de tu nido,
Y celebro el cumpleaños, muy de veras:
Hay en el guardaropa un bello traje,
Un pequeño palacio en la consola,
Y para usar los cuartos y el mueblaje
Una guapa muñeca á la española.

Luisa.

No te burles, mamá. Me comprometes
A que me ponga seria, y que te riña;
Ya no quiero muñecas ni juguetes,
Yo soy una mujer; ya no soy niña.
Hablemos muy de veras, madre mía,
Que cumplas tu promesa tengo empeño;
Mas no trueques en penas mi alegría.....
Deja esa seriedad, deja ese ceño.

Enriqueta.

Luisa, Luisa, por Dios ¡soy tan dichosa
En contemplar tu cándida inocencia!
¿Por qué quieres que historia dolorosa
Venga á turbar la paz de tu existencia?
¿Por qué pretendes que envenene tu alma
Con una historia cruel y harto prolija?

Luisa.

Porque el secreto para darté calma
Está en confiarte al corazón de tu hija,
Cuando el húmedo ojo el llanto vierte,

De contenerse en mi presencia harto,
Es mi dolor más grande que la muerte,
Porque contigo mi dolor no parto.
Me dijiste una vez: "Hija querida,
No á tu edad revelar puedo un secreto
Que entraña las infamias de la vida,
Debo al pudor y á tu niñez respeto.
Tu inquietud por saber, niña, demora;
Diez y seis años cumplirás. Espera.
El deber que callar me manda ahora,
Contar me mandará mi historia entera."
Pues bien, diez y seis años he cumplido.

Enriqueta.

Es verdad, es verdad; mas soy tu madre,
Y no quisiera que el primer gemido
Lo arrancara la honra de tu padre.
Este mismo temor detuvo un día
Mi ya próxima á hablar callada lengua,
Cuando del mundo la maldad impía
En cara te arrojó como una mengua,
Que de mi padre el nombre sacrosanto
Sólo llevarás tú

Luisa

Sí, lo recuerdo,
Y tiemblo al recordarlo con espanto.
¡Calumniar la virtud! ¡Ah! ¡Nunca pierdo
De vista aquella escena! Dura y fiera

Eras para los otros, y al mirarme,
 Cual si de vil acusación rastrera
 Una satisfacción quisieras darme,
 Dijiste con acento conmovido:
 "No puedo revelar quién es tu padre;
 Más ese puro nombre, ese apellido
 Llévelo con orgullo, es de tu madre,
 Y ni la sombra de una falta impura
 Ha manchado jamás mi casto seno,
 Caber puede en mi ser la desventura;
 Mas el crimen jamás con su veneno."

Enriqueta.

Verdad, hija querida, yo en la tierra
 Sufro por el deber horrenda lucha;
 Mas puesto que el dolor que mi alma encierra
 Sufrir quieres también, mi historia escucha:

Luisa.

¡Oh qué placer, mamá! Me das con eso
 El regalo mejor para mi día;
 Mas antes deja que atesore un beso
 En esa linda frente, madre mía.

Enriqueta.

No es tu patria la misma patria mía,
 Ni del Anáhuac la feraz campiña.

Luisa.

Y que es mi padre duque. Lo sabía,
 Y que mi cuna fué la bella España.

Enriqueta.

¿Cómo se entiende, pues? ¿Todo lo sabes?

Luisa.

No todo, poca cosa. Con recato
 Me robo algunas veces unas llaves
 Que abren un cajoncito de un retrato,
 Que acostumbras besar muy á menudo.
 El nombre allí se encuentra, con tú llanto
 El nombre está borrado; pero el nudo
 Yo desaté, con verlo tanto, tanto.....

Enriqueta.

Mi anciano y viudo padre á Madrid vino
 A establecerse. El duque frecuentaba
 Nuestra sociedad misma, y de continuo
 De sus amores y su fé me hablaba;
 En matrimonio, al fin, pidió mi mano,
 A la igualdad mi padre acostumbrado,
 Nunca pensó que un digno mexicano
 Fuese inferior á un noble titulado.
 Se acerca el matrimonio. El Duque dice
 Que su padre se niega á nuestro enlace;
 Que se exalta jurando, y le maldice,

Y teme hasta con muerte le amenace.
 De sus ancianos padres la existencia
 Peligrar vé si á su querer se opone,
 Y para aliar su amor á su conciencia,
 Secreto matrimonio nos propone.
 Mi padre rehusó constantemente;
 Yo nunca contradije su albedrío;
 Mas del Duque la súplica ferviente
 Y el intenso penar del amor mío,
 Vencieron de mi padre la constancia.
 De un enlace secreto eternos lazos
 Tejiéronse en el centro de mi estancia,
 Y nos abrió el amor sus bellos brazos.
 Cuatro años fui feliz. Tres de nacida,
 Ostentabas hermosa tú en la cuna,
 Y en santos goces mi tranquila vida
 Miró pasar sonriente la fortuna,
 Cuando un dia me pide una entrevista
 Un noble y muy anciano caballero.
 Al salón lo introdujo el camarista,
 Y el viejo descortés habló primero:
 —“¿Sois la amiga del Duque de Caserta?”
 Me preguntó con tono destemplado.
 —“Salid pronto, le dije, por la puerta,
 Antes que del balcón seais arrojado.”
 —“Sois viva de carácter, señorita,”
 Me dijo con acento menos toco.
 “Palabra en español más exquisita,
 A la verdad, Duquesa, no conozco.

Sois la amiga ó manceba, si os agrada,
 Esto es indiferente, riendo dijo;
 Mas no como quereis, de esta morada
 Saldré tan fácilmente, que es de mi hijo.”
 Era su padre. No le conocía,
 Porque encerrado por la gota estaba;
 Poco á las calles de Madrid salía
 Y yo en mi hogar, feliz, no paseaba,
 —“Perdonadme, le dije, os he ofendido,
 Debiendo tolerar vuestra insolencia,
 Puesto que el padre sois de mi marido;
 Mas no creais jamás que la clemencia
 Solicite de vos. Mi honra muy alta,
 Por legítimo enlace conservada,
 Si la publicidad solo le falta,
 Debo dársela yo. Mi honra ultrajada,
 A guardar un secreto no me obliga;
 Defensa del honor no tiene tasa:
 La esposa soy del Duque, no su amiga;
 Como de vos, Señor, ésta es mi casa.”
 Y me salí de allí de rabia llena.
 Contarte lo demás sería prolijo,
 E inútil renovar tan honda pena:
 Escenas con el padre y con el hijo;
 Mi padre que interviene en mi defensa;
 Accesos de furor, de rabia é ira,
 Y en el fondo de todo, infame ofensa.
 ¡Y nuestro matrimonio una mentira!
 Lazo engañoso por mi mal urdido,

Que mi pobre alma destrozó en pedazos.
De enfermedad mortal mi padre herido,
Maldijo al Duque y espiró en mis brazos...
Luisa, llorando estás. Bendito llanto,
Que por primera vez partes conmigo.

Luisa.

¡Dios perdone á mi padre!

Enriqueta.

¡Le amé tanto,

Que cuando quiero odiarle le bendigo!
En el postrer momento de agonía,
Mi padre me acercó junto á su lecho,
Y en sus brazos teniéndote, hija mía,
Esto dijo estrechándote á su pecho:
"Fruto inocente de una injuria aleve,
Que me quitó la honra porque muero!
No pertenece al crimen. Que ella lleve
El solo nombre de su madre quiero.
Por la memoria de tu padre jura
Que jamás de esta niña el testimonio
Tendrá de amor el Duque; si no cura
De reparar el mal por matrimonio.
Sea del Duque el amor por tí maldito.
Jamás se una contigo si no hace
Pública confesión de su delito
Y público también el nuevo enlace.
Para cumplir mi voluntad, y luego

Que acabe en el sepulcro mi quebranto,
La paz busca en tu patria y el sosiego.
¡Quizá la ausencia enjugará tu llanto!"
Mas, el destino pérfido y la urgencia,
Que á venir á Madrid nos ha obligado,
Para vender la paternal herencia,
Aumentan mi dolor y mi cuidado.
Mi temor de perderte, pobre niña,
A encerrarte me obliga en un convento,
A tí más libre en la natal campiña
Que en el espacio el vagaroso viento.
Mi dignidad y el juramento hecho
Al borde de la tumba de mi padre,
Hiciéronte la egida y el derecho
Que el corazón defienden de tu madre;
Mas ¡hay de mí, si el Duque averiguara
La mansión donde habitas, hija mia,
Y de mi lado al fin te arrebatara!
Por mi honra y por tu amor me mataría.

Luisa.

Creo tu dignidad quizá exagera
Los vicios y defectos de mi padre,
¡Por qué el amor de una hija no sirviera
A reparar la honra de su madre?

Escena II

Dichas y Juana.

Juana.

Señora, el Duque viene.

Enriqueta.

Vete, Luisa,
Antes que suba.
(A Juana) Dí no estoy visible.

Juana.

Ved, señora, que sube muy de prisa,
Y acaso detenerle es imposible.

Enriqueta.

Entremos en tu cuarto. ¡Qué tormento!
¡Ni en casa estás segura, hija del alma!
Tú, Juana, habla con él por un momento,
Mientras un poco mi emoción se calma.

Escena III.

Juana, y el Duque que entra.

El Duque.

¿Doña Enriqueta Juárez?

Juana.

Caballero,

Indispuesta de aquí se ha retirado
¿Y si volver queréis?

El Duque.

Mejor espero.

Os ruego que paseis este recado.

(dándole una tarjeta),

Mas, que me respondáis antes os pido.

Si sola la señora vino á España,
O con ella de México ha venido
Una joven que siempre la acompaña,
Y es su hija ó su sobrina, según creo.

Juana.

¿Hablar queréis sin duda de Luisita,
Hija de la señora? Según veo,
La conoceis.

Duque.

¡Oh, nó!

Juana.

La señorita,
Ganas y muchas de venir tenía,
Y rogó y suplicó con llanto ardiente;
Mas la madre temió la travesía,
Y en casa la dejó con un pariente.
Ya la señora viene. Me retiro.

Escena IV.

El Duque y Enriqueta.

Duque.

Dispensadme, señora, en vuestra casa
Me encuentre sin permiso.

Enriqueta.

Quando os miro

En mi presencia, Sr. Duque, pasa,
Creo, el proceder las conveniencias.

Duque.

De mis cartas hicisteis poco caso,
Olvidásteis también mis advertencias,
Y muy á mi pesar, creedlo, este paso
Vime obligado á dar.

Enriqueta.

Lazo ninguno
Existe entre los dos. Ningún derecho
Tenéis en mí, y os llamaré importuno,
Pues no quiero creer que en vuestro pecho
Se ábrigue la vileza de insultarme.

Duque.

Luisa, como de vos, es también mi hija,
Y nadie de su amor puede privarme.
He rogado trece años. A que exija
No me precipitéis.

Enriqueta.

¿Pensáis sin duda
Que os dá derecho vuestro mismo crimen?
Mas la pública fuerza está en mi ayuda,
Contra las fuerzas vuestras que me oprimen.
Toda investigación es prohibida
De la paternidad. La ley es esa
Que sancionara un código homicida,
Protegiendo del vicio la impureza.
Gozad, pues, del placer del libertino,

¡Le protege la ley! aunque haga alarde
De manchar de la virgen el destino,
Con tal de ser hipócrita y cobarde,
Y no reconocer públicamente
Los hijos de la virgen mancillada.....
Mas Luisa es hija mía, solamente,
Con mi sangre y mis lágrimas criada;
Aunque inocente fuí al ser su madre,
Para serlo sufrí deshonra impía;
Y el derecho de ser también su padre
Lo he conquistado con la honra mía.

Duque.

De mi falta, Enriqueta, la disculpa
Fué mi amor hácia vos, grande, infinito;
Mas si inmensa, sin duda, fué mi culpa
Mayor fué la expiación de mi delito.
Me arrebatasteis mi hija, y el derecho
Perdí de reclamarla, delincuente,
Y Dios para castigo crió en mi pecho
Del amor paternal la llama ardiente.
Acaricié tres años su inocencia,
Guardando de su amor profunda historia,
Y trece años de penas y de ausencia
No han podido quitarme su memoria.
De mi Luisa y de vos busqué el olvido
En el libertinaje y en la orgía,
Y en lugar encontró del bien perdido
Agujón de dolor el alma mía.

Atado á la virtud de un solo lazo,
 Que es el amor de Luisa, yo os lo ruego,
 De mi hija permitid que un solo abrazo
 Vuelva á mi corazón calma y sosiego.
 ¡Oh! no escuches tan solo al egoismo,
 Que el orgullo al deber muy mal aduna;
 Buscad de la conciencia el fondo mismo,
 Y vereis cual su grito os importuna,
 El paternal derecho pregonando.
 Yo pude ser un monstruo de vileza;
 Mas igual en amor é igual en mando
 Nos declara imparcial naturaleza:
 Vos le disteis de madre la ternura,
 La posición social yo debo darla,
 Y si es esta la ley de la natura
 De su rango jamás podreis privarla;
 Es la única heredera de mi raza,
 Ya próxima á extinguirse con mi vida,
 No impongáis sobre el tallo de mi casa
 La pena por su jefe merecida.
 Del porvenir la puerta le es abierta:
 No hagáis á vuestra hija desgraciada,
 Desde hoy será Duquesa de Caserta,
 Por rescripto del rey legitimada.

Enriqueta.

La virtud no se compra con grandeza:
 O conmigo será grande de España,
 O quedará conmigo en su bajeza
 De virtuosa plebeya mexicana.

Duque.

Luisa será por mí reconocida,
 Y su padre seré, pese al abismo.

Enriqueta.

¡Olvidáis que fué puesto en la partida:
 "Padre no conocido" por vos mismo?
 Confesáis ser su padre. Yo lo niego,
 Y pues su madre soy, la ley obliga
 A que fé se me dé, y en este juego
 Vuestra paternidad no se investiga.
 Yo mexicana soy, y con la vida
 Mi nacionalidad la ley le ha dado,
 Y si padre no tuvo al ser nacida,
 Mexicana es tan solo; ese es su estado.
 Vos no la conoceis. Yo la he nutrido
 Con mi sangre y mis lágrimas. Derecho
 Es el mío mayor. Dad al olvido
 Ese amor que sentís en vuestro pecho.

Duque.

Llena de excitación estáis ahora,
 En vuestra reflexión buscad sosiego.
 Otra vez volveré. Mirad, señora,
 Que el porvenir de Luisa se halla en juego.

Escena V.

Luisa sola.

Mi padre estaba allí. Yo le he escuchado,

Y en su acento de enojo hay mas de pena...
 Ama á mi madre... sí... lo he adivinado...
 Mas como no ha de amarla si es tan buena!
 De reconciliación la medianera
 Seré que junte en uno su albedrío.
 Del amor de mis padres mensajera!
 Hay más santo propósito, Dios mío!

Escena VI.

Luisa y Juana.

Juana.

Te busca tu mamá, Luisa querida,
 Y temo no te sea alegre el cuento;
 De apresurar tenemos la partida
 Y encerrarnos hoy mismo en el convento.

Luisa.

Yo te busco también; siéntate, escucha,
 Que quiero hablar contigo seriamente.
 De amiga en tí confianza tengo mucha;
 Mas nunca antes de ahora confidente
 De mis secretos te hice. La maestra
 (Aunque eres para mí mas bien amiga),
 A confianza de niña no se presta;
 Mas yo ya soy mujer, y ya me obliga
 Un maternal secreto á ser prudente.

Juana.

Conozco tu secreto, niña bella,
 Y si eres cual supongo, hija obediente,
 De vuestra madre seguirás la huella
 Que sus mandatos marquen.

Luisa.

Lo contrario.

Pienso hacer, Juana, y por tu amor me jura
 Que si juzgas mi intento temerario,
 Nada á mamá dirás de mi locura;
 Mas si antes no me juras, por mi vida,
 No saldrá de mi boca ni una frase,
 Y entraré por mí misma en la partida
 Sin tu consejo.

Juana.

Luisa, ¿que te hace
 Hablar tan seria y misteriosa?

Luisa.

Jura,
 O nunca más serás mi tierna amiga.

Juana.

Mas antes tú primero me asegura
 Que á nada indigno tu intención obliga.

Luisa.

Así debe de ser, pues que yo lo hago.

Juana.

Siendo ésto, callaré cuanto tú quieras.

Luisa.

¿Conoces el secreto, ó rumor vago
Tienes de mi existencia?

Juana.

Son enteras
Recitaciones de tu misma madre.

Luisa.

Mi padre me conoce. Yo le he hablado.

Juana.

¡Dios poderoso! ¿Y sabes que tu padre
Audaz te arrancará de nuestro lado?

Luisa.

¡Bah! Qué poco conoces mi energía?
El me ama, yo le amo, y esto mismo
Le hará casarse con la madre mía.

Juana.

Estamos, Luisa, al borde de un abismo.

Luisa.

Que salvaré de un brinco. De leones
No en vano yo nací. De lo que quiero
Te hice conocer mis intenciones;
De tí eficaz cooperación espero.
De dos almas que se aman, la fiereza
Yo quiero dominar. Bueno es mi padre,
Y le haré comprender que su grandeza
Debajo está del alma de mi madre.

Juana.

¿En dónde, dime, al Duque has conocido?

Luisa.

Un día, en la huerta del convento,
Después de que hube las calles recorrido
Del jardín, me acerque por un momento
A la reja que dá al vecino prado,
Y observé que bajaba un caballero
De un carruaje, al intento, allí parado.
Acercóse á la reja. Su sombrero
Quitando, atentamente saludóme.
Permanecí en suspenso por un rato

Sin poder retirarme. Parecióme
 Su rostro conocer, con el retrato
 Que mi madre conserva se despierta
 En el instante mismo el parecido.
 "Es mi padre, es el Duque de Caserta,"
 Dije de amor el corazón henchido.
 Desde entonces procura de continuo,
 Toda ocasión propicia para hablarme,
 Me pondera su amor y mi destino,
 Y el rango superior que va á elevarme;
 Mas en tantos halagos y promesa
 Nunca está el nombre de la madre mía,
 Es que juzga en el brillo y la grandeza
 A mi madre por él olvidaría.
 ¡Oh! ¡Cómo se equivoca cuando piensa
 Que sin mi madre viviré á su lado!
 Si para él soy el ídolo que inciensa,
 Mi madre es para mí Dios adorado.
 Yo nunca le he llamado "padre mio,"
 Ni héchole conocer mi pensamiento,
 Con mi franqueza temo su desvío
 Y el fracaso completo de mi intento.
 Mas él ama á mi madre y ella le ama,
 Y es su despego vanidad, mentira;
 Encenderé su amor en viva llama
 Donde se abrasen juntos.

Juana.

Dios te inspira,

Y accederé gustosa á tu deseo,
 Ayudando á tu noble sentimiento;
 Mas tu madre hácia aquí se acerca,

Escena VII.

Dichas y Enriqueta.

Enriqueta.

(á Juana.)

Supongo qué le hablaste del convento,
 Y de su pronta y necesaria vuelta.

Juana.

Estar con vos quisiera todo el día.

Luisa.

Mas si quieres que parta, estoy dispuesta
 A cumplir tus deseos, madre mia.

Enriqueta.

Bien sabe Dios que sufro por tu ausencia,
 Con un dolor mayor que el tuyo mismo;
 Mas tengamos un poco de paciencia,
 Y saldremos al punto de este abismo.
 Terminaré muy pronto mi negocio,
 Y á nuestra patria luego volveremos.

Allí la libertad y el dulce ocio
Las dos inseparables gozaremos.
Juana, vamos adentro, date prisa.

(á Luisa)

¡Ay! ¿Por qué de perderte tengo miedo?
Miedo, si estás conmigo, cara Luisa,
Y miedo si te vas, y sola quedo!

Acto segundo.

Escena I.

Jardín del Convento.

El Duque, Carlos y el Hortelano.

Hortelano.

Entrad con precaución y con prudencia.
Por la sombra llegad á la rejilla.

Duque.

¿Esta es la hora del rezo?

Hortelano.

Sí, Excelencia.

Todo el mundo se encuentra en la capilla.
Tiempo tenéis sobrado.

Duque.

(Dándole un bolsillo). Tomad esto,
Y á mi buena fortuna echad un pisto.

Hortelano.

Si Usía necesita, llame presto.
Desde mi observatorio estaré listo.

(se va).

Escena II.

Dichos, menos el Hortelano.

Duque.

No sé, Carlos, que extraño sentimiento
Sufro al entrar aquí, que se introduce
En mi pecho, cual un remordimiento,
Que ora me inspira obrar, ora me induce
A seguir mi aventura. Este capricho
Ya me parece estar muy arraigado
Para una lijereza.

Carlos.

Ya os lo he dicho
Otra vez, Don Fernando, enamorado
Estáis, y muy deveras de la chica.

Duque.

¡Enamorado yo! ¡Qué desatinol

Carlos.

Pues no es mala la mosca que te pica,
Y es de reir de un viejo libertino,

Que se pone á temblar como una rata,
Y que pierde la calma y el sociogo,
Cuando ve aparecer la mojigata
Con su lindo palmito.

Duque.

Yo te ruego
Que dejes, Carlos, el burlesco tono,
No sé por qué este amor no es un deseo
Así como los otros.

Carlos.

En abono
Vienes de lo que digo, y pues te veo
Caer enamorado en el garlito,
Procuro con mis burlas apartarte.
Pues ven acá, cabeza de chorlito,
¿Vas con esa mozuela á desposarte?
Esta cita nocturna está de sobra;
Más si te atrae solo su belleza,
Como lo que antes fuistes ahora obra,
Tén menos corazón y más cabeza.

Duque.

Tienes razón, amigo. Yo me arguyo
Con igual argumento, y en mí mismo
Alzarse con razón miro mi orgullo;
Más con mano de hierro hacía el abisno
Esa niña me arrastra. Es que destella

En esa inteligencia tan pequeña,
Algo tan grande y digno, que atropella
La razón más robusta, y que domeña
Al más viejo en el vicio endurecido.

Carlos.

¡Lo del enamorado! Una presea
Que no tiene en el mundo parecido,
Para el que hace de Aldonza Dulceina.

Duque.

No es como las demás. Un abandono.
Que pregona de lejos su inocencia,
Y para contrastar, un alto tono
Que dejará en defecto á la prudencia;
Grandeza y timidez, ternura y brío
Dió Dios á esa mujer en patrimonio,
En tal combinación, amigo mío,
Que es ángel de candor ó es un demonio.

Carlos.

Pasos oigo del lado del convento,
A la sombra apartarnos nos conviene.

Duque.

No, Carlos, esperemos un momento,
Acaso es ella que á la cita viene.
Retírate tú solo. Veo dos bultos,
Y oigo de dos que hablan los sonidos.

Vamos á esta enramada. De allí ocultos
De nosotros serán reconocidos.

Escena III.

Luisa y Juana.

Juana.

No vayamos más lejos, Luisa mía . . .
Al cuarto irá á llamar la superiora,
Y aquí vendrá. La noche está sombría,
Inoportuna es por demás la hora
Para venir al campo. El Duque acaso
Llegue entre tanto á la esperada cita.
Le vé la superiora. ¡Qué fracaso
Al vernos aquí á todos! ¡Dios, qué cuita!
No, niña, ven, por Dios, junto á la reja
Retirémonos pronto. De allí hablaros
Podéis, Luisa, muy bien. A mí me deja
De observación para el alarma daros.

Luisa.

Retirémonos, pues, mas ya era tiempo
De que estuviese aquí, y no ha venido!
¿Cuál puede, Juana, ser el contratiempo?

Juana.

Por allí debe estar. Escucho ruido.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES",

VOL. 1625 MONTERREY, MEXICO

Escena IV. *Vamos á esta sala con De ahí ocultos*
De nosotros es el asunto
El Duque y Carlos.

Carlos.

Mira, Fernando, en tus amores trata
 De proteger el mío en lo futuro,
 Que en lo poco que ví de la beata
 Que acompaña á la chica, te aseguro
 He visto algo de bueno, que podría
 Hacerme el tiempo recobrar perdido,
 Cuando te estoy haciendo compañía
 Contando las estrellas y aburrido.

Duque.

Si la beata, dices, te acomoda,
 Pues vamos al asalto, y está listo,
 Que no me opongo á celebrar la boda,
 Aunque á decir verdad, no la has tú visto.

Carlos.

Más escuché su voz, y su silueta
 Elegante es y esbelta, y se me antoja
 Que es bien formada, cándida y discreta,
 Y ni está corcobada ni está coja.

Duque.

Con una noche oscura, un buen deseo,
 Y un magín que dibuje un buen retrato,

Bien pueden entenderse, según veo,
 Pues es pardo de noche todo gato;
 Más parece que viene de ese lado,
 Ocúltate en el centro del follaje.

Carlos.

Procuraré cazar en lo vedado,
 Haciendo á mi beata un espionaje.

Escena V.

Duque y Luisa.

Luisa.

¿Estabas por ahí?

Duque.

Sí, Luisa mía;
 Mas temí disgustarte al acercarme,
 Porque estabas con otra en compañía.

Luisa.

No es obstáculo ella para hablarme,
 Es mi aya y es mi amiga. Todo sabe,
 Confíele mi secreto, como es justo
 Si de mi corazón tiene la llave.
 Mi proceder aprueba, y me da gusto
 Protegiendo tu amor, y me da ayuda
 Para unir por mi amor dos corazones

Que para amar nacieron, y sin duda
Lejos están de pérfidas pasiones.

Duque.

Extraño es, en verdad, que tu misma aya.
Con tanto empeño nuestro amor apruebe,
Y que tu inclinación deje que vaya
Por donde quiera que el amor la lleve.

Luisa.

Al principio se opuso; más al punto
Que mi amistad le dije le negaba,
Si profundo secreto de este asunto
Para la madre mía no guardaba;
Y viéndome resuelta á obrar sin ella,
Y á seguir con firmeza mi camino,
Terminó entre las dos toda querella,
Y mi proyecto en proteger convino.

Duque.

Es muy extraño á fé; ¡mas decidida
Estás á irte conmigo y á mi lado,
Y otro rango tener y nueva vida
Distinta de la que antes has llevado?

Luisa.

Mas solo es por tu amor; es tu grandeza
Tan digna de desprecio ante mis ojos,

Cuanto preveo la causa tu nobleza
Será de separarnos y de enojos;
Mas te amo tanto, tanto, tal anhelo
Tiene de complacerte el alma mía,
Que si para mí sola fuera el cielo
Entre mi madre y tí lo partiría.

Duque.

Y yo te amo también, angel de mi alma,
Como á un ser superior, incomprendible,
Tienes de un Dios la soberana calma,
Y el fuego del amor inextinguible.

Luisa.

Antes de conocerte yo te amaba,
Grabado está tu rostro aquí en mi mente,
Té miraba en mi sueño y despertaba
Estrechando tu sombra sonriente;
Dicen que eres muy malo, se te acusa
De hacer de la inocencia un juego horrendo;
Mas mi alma yo no sé por qué te excusa
De crímenes quizá que no comprendo.
Tú no eres malo, nó; jamás el vicio
Habitará ese pecho que es mi pecho,
Para mí la virtud no es sacrificio,
Es la obediencia fácil á un derecho.
Yo viviré contigo. A mi cuidado
Verás cuán fácil la virtud parece;

Mi madre estará allí, siempre á tu lado
Ocupando su puesto que merece.

Duque.

Tu inexperiencia, niña, te extravía,
Cómo unida tu madre estar quisiera,
Si de mis brazos cruel te arrancaría
Si algo de nuestro amor saber pudiera?

Luisa.

Su carácter no hay duda es inflexible;
Mas llena está por mí de tal ternura,
Que hacerla consentir no es imposible,
En vista de mi amor y mi ventura.
Tú cederás también, de tu grandeza
Consentirás un poco en abajarte;
Verás cuánto más grande es tu nobleza,
Reparando los males que causaste.

Duque.

Háblame de tu amor, tu amor ardiente.
Dejemos esas cosas, niña mía,
En lugar del futuro está el presente:
Cosas hay que no entiendes todavía.
Lo que será mañana al tiempo queda,
Deja besar por hoy tu linda mano,
Y en mis brazos mañana feliz pueda
Estrechar ese talle soberano.

Luisa.

No dejes en mi mano el beso ardiente,
Que á una altura mayor tu amor me eleva,
Depositalo aquí. Besa mi frente,
Y ese recuerdo de mi amor te lleva.

(se oye una palmada)

Mas oigo la señal que me da Juana
De que viene hácia aquí la superiora.
Adiós, adiós, bien mío, hasta mañana.
No olvides á tu Luisa que te adora.

Escena VI.

Luisa, Juana que llega y después la Superiora.

Juana.

Finjamos pasear, toma mi brazo.

La Superiora.

¿Qué hacéis, niñas aquí? Vuestro aposento
Solo encontré, y discurri que acaso
En el jardín estábais.

Juana.

Un momento

El viento fresco recibir queríamos,
Pues fuego en nuestro cuarto se respira,
Mas cesó ya el calor, y ya nos vamos.

La Superiora.

Nó, la comunidad no se retira. . . .
Y pasear podéis una media hora.
¡Mas por qué estáis tan agitada, Luisa?

Luisa.

No es nada, creo, madre superiora,
Es quizá que marchamos muy de prisa.

La Superiora.

Dejad un poco abierta la ventana,
Si es el calor en vuestro cuarto mucho.
Así, que os guarde Dios, hasta mañana.

Luisa.

Hasta mañana, madre.

Escena VII.

*Juana, Luisa y después el Jardínero.**Juana.*

Ruido escucho
De alguno que se acerca y precipita
La marcha por aquí. Que no nos mire.

Jardínero.

Del Duque es esta carta, señorita.
Tomadla y permitid que me retire.
(Luisa se acerca al farol y lee):

“Luisa:

“Nuestra conversación ha sido oída por
“una monja, y descubierta nuestra cita. Un
“amigo que velaba por mí, ha encerrado á la
“monja en el cuarto del jardínero; pero den-
“tro de poco todo se descubrirá, y te perde-
“ré quizá para siempre. En la puerta hay
“un carruaje que os conducirá. Si me a-
“más, venid á ser el ángel de la casa de
“vuestro Fernando.”

Luisa.

¿Qué pensar de esta carta, hermosa Juana?

Juana.

Que no debes partir, presiento un lazo,
Debemos aguardar hasta mañana.

Luisa.

Mas es mi padre quien lo manda. ¿Acaso
Podrá esponer por lijereza á su hija?
Todo mañana lo sabrá mi madre.
Bien la conoces tú. ¿No crees que exija
Nuestra partida á México, y mi padre
Para siempre jamás me perdería?
¿Y qué puedo temer bajo su abrigo?
¿Y no tengo tu amparo, Juana mía,
Que no te apartarás é irás conmigo?

¿Y de unir á mis padres nuestro intento
Qué vendrá á ser sí esta ocasión perdiere?

Juana.

No sé qué de terrible yo presiento.....
Mas tu razón persuade. ¡Dios lo quiere!

Escena VIII.

**La Superiora, Sor Marcelina y varios criados
con luces.**

La Superiora.

No han podido quizás haber salido,
Cerrad pronto la puerta de la calle,
De la yerba apartad lo más tupido,
Y dó el follaje más espeso se halle.

[á Marcelina.]

¿Deciais, Sor Marcelina, que un pañuelo
A la boca os ató?

Sor Marcelina.

Con dura mano
Después me fué arrastrando por el suelo,
Y al cuarto me llevó del hortelano.

Superiora.

¿Y el pañuelo?

Sor Marcelina.

Hélo aquí.... fina batista
Y C. y F. enlazadas á este lado.

Superiora.

Mas para hallar del pícaro la pista
Poco son las dos letras del bordado.

Sor Marcelina.

Yo ví muy bién el rostro de ese pillo.

La Superiora.

¿Y cómo habéis salido de la pieza?

Sor Marcelina.

Con un hierro saltar hice el postillo,
Y vine á daros parte con presteza.

Superiora.

¿Y le conoceriais?

Sor Marcelina.

Si le viera

¡Oh! Madre Superiora, ciertamente,
Pues no ceso de verle, aunque quisiera:
¡Tan grabado le tengo aquí en mi mente!
Oculta estaba tras de aquella planta,
Sin poder ver muy bien; más escuchando,
Cuando sentí oprimida la garganta,
Y que un brazo feroz me iba arrastrando.

Madre, me conocéis, no soy miedosa;
 Mas fué tal de terror mi paroxismo,
 Que creí que al infierno por curiosa
 Iba á llevarme el enemigo mismo.
 Persignarme intenté, y "¡Ave María!"
 Mi boca murmuró y el dulce nombre,
 Y al llegar al farol, con alegría
 Ví que el demonio se trocaba en hombre.
 Entonces mi terror se cambió en susto,
 Y aunque casi arrastrando me llevaba,
 Reconocer la cara de aquel busto
 Cerca de cada luz yo procuraba.

Superiora.

¿Y qué Luisa decía á aquel impío?

Sor Marcelina.

Cosas indignas de mujer de seso,
 Llamábale su "encanto" y "amor mío,"
 Y creo que la coqueta le dió un beso.

Escena IX.

Dichos y Enriqueta.

Enriqueta.

Cierta es ¡Dios mío! la fatal noticia.
 Oh Madre Superiora, ¿qué habéis hecho?

Superiora.

A la Virgen rogar sea propicia,

Y dé la calma á vuestro noble pecho.

Enriqueta.

Imprevisora fuí mi amada madre.....
 Advertiros debí... más la honra mía....
 El grande y poderoso... y es su padre....
 Y yo débil mujer y sin valía...
 Mas vos me ayudaréis, madre adorada,
 Que es grande y poderoso vuestro estado.
 En la corte del Rey tenéis entrada
 Y mi llanto por él será escuchado.

Superiora.

A la verdad, Señora, no os comprendo,
 Vuestro dolor os trastornó sin duda,
 No hay relación en lo que estáis diciendo
 Con lo pasado aquí, ni con mi ayuda.

Enriqueta.

Oh Madre, dispensadme, mi extravío
 En el lenguaje solo ha consistido,
 En mi dolor, el pensamiento mío
 Antes que mis palabras ha corrido.
 Es el raptor que arrebató á mi hija
 El Duque de Caserta, y es su padre.
 Procuro vuestra ayuda y que ella exija
 Lo que no puede una infelice madre.

Sor Marcelina.

Os engañáis, el Duque es conocido,

Muy conocido, y perdonad si insisto,
Que al amante de Luisa yo le he oído
Y á ese raptor de Luisa yo le he visto.

Enriqueta.

¿Decís que es un amante?

Sor Marcelina.

Sí, señora.

Sus obscenos amores he escuchado,
Y sus besos impúdicos ahora
Poco antes de partir he presenciado.

Enriqueta.

No digo que mentís, porque engañada
Estáis acaso; mas jamás mi Luisa
Puede hacer cosa indigna y reprobada:
¡Juzgáis de la virtud con mucha prisa!

Superiora.

Mirad este pañuelo que ha salido
De manos del raptor.

(Mientras la Superiora habla, Sor Marcelina se acerca para recibir una cartera y hablar con el hortelano. Después se vuelve hacia á la Superiora y dice):

Sor Marcelina

Y el hortelano

También esta cartera me ha traído,
Rogándome la ponga en vuestra mano.

Superiora.

Son C y F las cifras del bordado,
Y es el pañuelo del raptor de Luisa.
Penetremos ahora en lo vedado
Y abramos la cartera, que autoriza
Para esta indiscreción el delincuente:
Estas cartas "Don Carlos de Fontana"
Dicen con grandes letras claramente,
Las tarjetas también. Esta mañana
Ví hablar con el portero á este malvado,
A quien conozco mucho, un libertino,
Por ser muy rico, audaz y desalmado,
De nobleza del ajo y del comino.

Enriqueta.

¡Imposible! ¡Imposible! No, Dios mío,
Llegar no puede Luisa á tal vileza.
Adios, madres, adios, saber ansío
De este horrible delito la certeza.

Acto tercero.

Un jardín espacioso iluminado en el fondo. Baile. Las parejas de máscaras se ven pasar á lo lejos. En el escenario un cenador en medio de dos habitaciones laterales, formando las alas de un grande edificio, que se supone el interior de una quinta. En la derecha la cámara nupcial y habitaciones del Duque. En la izquierda, los buffets del baile y los salones de comedor. En el cenador que se supone ser un grande kiosko formado en medio de las habitaciones laterales, están varias mesas servidas con licores, frutas etc., en frente del escenario.

Escena I.

Varios caballeros, bebiendo al frente del escenario. Grupos á lo lejos paseando

Caballero 1.º

¡Espléndida en verdad está la fiesta!
¡Qué lujo! ¡Qué jardines! ¡Qué salones!

Caballero 2.º

La casa está á propósito dispuesta
Por su elegancia, ornato y profusiones.

Caballero 3.º

Del palacio y del hada que le habita
Hoy el estreno vemos se festeja,
Es muy rico este Duque sibarita
Y belleza sin par es su pareja.

Caballero 1.º

Alguno que la ha visto me ha contado
Que no se ve otra igual en toda España.

Caballero 2.º

¡Qué Duque tan feliz! No hay buen bocado
Que de tragárselo él no se dé maña.

Caballero 3.º

El hombre es de la dicha: en los placeres
Es el primero, es noble, rico y bravo.

Caballero 2.º

Y creo que en asuntos de mujeres,
No cedería la palma á Enrique Octavo.

Caballero 1.º

Y como aquel buen rey, pues dél se trata
No comete el delito de bigamia.

Caballero 3.º

¡El Duque de Caserta también mata
A la mujer que goza? ¡Cuánta infamia!

Caballero 2.º

¡Hombre! Yo no digo eso. Decir quiero
Que como aquel monarca, nunca goza
A ninguna mujer, sin que primero
Le haya dado su mano como esposa.

Caballero 1.º

¡Sin ser bígamo! ¿Cómo?

Caballero 2.º

Es un capricho
Que le hace hacer la ceremonia vana
De una boda fingida. Se me ha dicho
Que es un recuerdo de su edad temprana.

Caballero 3.º

¡Hombre! contadnos eso.

Caballero 2.º

Lo que digo

Es todo lo que sé; mas allí viene
Don Carlos de Fontana, que es amigo,
Y que del Duque los secretos tiene.

Escena II.

Dichos y Don Carlos.

Carlos.

Caballeros.

Caballeros 1.º, 2.º y 3.º

Don Carlos, bien venido.

Caballero 1.º

Del Duque, de esta casa y de esta fiesta
Un fantástico cuento hemos oído,
¿No podríais, Don Carlos, en respuesta
Satisfacer nuestro deseo?

Carlos.

Cierto,
Y cual grande favor que escuchéis tengo,
Que en la gran mascarada, yo os advierto,
A daros un papel tan solo vengo.

Caballero 1.º

Hablad. Os escuchamos.

Carlos.

Si primero
No llenáis vuestros vasos, no lo hago.
Pues nunca ¡vive Dios! ningún guerrero

Debe entrar en campaña sin un trago.
 ¡A la salud del grande libertino
 Que á su espléndida fiesta nos convida!
 Quien no ama á las mujeres y odia al vino
 El edén no conoce de la vida.

Quien no mira en el Duque alma de artista,
 Y solo ve en su sér libertinaje,
 No puede comprender que en su alma exista
 La virtud y el placer en maridaje.
 El mal va por lo bello á su conciencia
 Por un amante corazón cegado;
 Más nunca la carnal concupiscencia
 Que en goce material viene al pecado.
 Solo una linda flor su olfato excita.
 Y en ella toda su pasión enerva,
 Y cuando con sus besos la marchita,
 En una caja de oro la conserva.
 El libertino que al placer se entrega
 De mujeres sin número á porfía,
 Es el Duque de Clarens que se amiega
 En un sucio tonel de malvasía.
 No es gastrónomo, amigos, quien no sabe
 Escoger de las carnes lo más fino,
 O cortar lo más tierno de alguna ave,
 Y rellena su panza de tocino.
 Al ver un prostituido mercenario,
 De cólera, señores, siempre estallo;
 Como un glotón al arte culinario,
 Para el arte de amar es el serrallo.

Mas vengamos al grano. El Duque ama,
 Una sola mujer su pecho abrasa,
 Y á sus amigos á gozar nos llama
 A su fiesta de amor, sin ley ni tasa.
 Mas como ya sabéis, jamás se presta
 El método común al grande goce.
 Sin novedad, aguada está la fiesta,
 ¿Pues quién desea ver lo que conoce?
 En la fiesta de hoy, la mascarada
 Es la guerra entre el Duque y su vasallo,
 Y la grande victoria coronada
 Con el lindo tesoro del serrallo.
 Soy el señor feudal en este drama,
 El Duque es un vasallo, y vasallaje
 Como niega, deberme por su dama,
 Reclamo mi derecho de piernaje.
 Cada partido á combatir se apresta
 Y luego con furor la guerra estalla,
 Y al ruido aterrador de grande orquesta,
 Resuena del Champagna la metralla.
 Os pondré en esta guerra en vuestro pues-
 La campaña del baile está ya abierta: [to.
 Pues al baile, señores, vamos presto.
 Soy, no olvidéis, el Duque de Caserta.
 (se van).

Escena III.

Enriqueta, entrando enmascarada.

El Duque de Caserta, ese se ha puesto!
 ¡Qué misterio, Dios mio! . . . Hola mozo.

Un mozo.

Para servirlos, niña, estoy dispuesto.

Enriqueta.

¿Cómo se llama, dime, aquel garboso
Que habla con los demás?

Un mozo.

¡Cómo, sultana!

¿Venís á nuestra fiesta convidada
Sin conocer á Carlos de Fontana?

Enriqueta.

Es mi vista tan corta.... Véte. Nada
Quiero tomar.

Mozo.

¿Algún helado?

Enriqueta.

Nada..... Véte. ¡Don Carlos! ¡Verdad era!
(se descubre).

¿Luisa pudo bajar hasta este grado?

¡Dios mío! si es culpable, que yo muera

Has antes por piedad. Mas nó, no es cierto.

Luisa no es criminal. Vino guiada

Por su filial amor, puro, inexperto.....

Con el nombre del Duque fué engañada.....

Así debe de ser. Don Carlos mismo
Llamóse ha poco Duque de Caserta.....

Sí, parece penetro en ese abismo,

Y descubriré el fondo estando alerta.

Mas alguien viene aquí. Sea tapada

Con careta cruel la angustia mía.

(se cubre).

El mundo es una horrible mascarada.

Para luchar con él, hipocresía.

(sale).

Escena IV.

D. Carlos y Pascual, el mayordomo del Duque.

Carlos.

Vamos, Pascual, los episodios cuenta
De tu excursión.

Pascual.

La Señorita Luisa

Salió del monasterio muy contenta.

Al llamado del Duque, é indecisa,

Al llegar al carruaje se detuvo,

No encontrando allí al Duque. Acompaña-

Llegó al coche con Juana, quien estuvo (da

La marcha contrariándole empeñada.

“Mas si el Duque lo quiere, ella añadía,

Confianza en sus criados tener debe,

Y no tan de lijero me expondría.”

Yo asegúrele en un discurso breve
 Mi abnegación al Duque; la confianza
 Que él en toda ocasión en mí tuviera;
 Mi temor ponderé por la tardanza
 Y por llevar también la compañera.
 Mas la niña afirmó no partiría
 Si no iba Doña Juana. En tal aprieto,
 Traer determiné la compañía,
 Y el caso resolví de mi coileto.

Carlos.

¿Y qué hiciste después de Doña Juana?

Pascual.

De miedo á Doña Luisa acompañando
 Toda la noche estuvo y la mañana,
 Y por el Señor Duque preguntando;
 Salió sola al jardín, y prisionera
 La cogí como á un niño de la cuna,
 Y le llevé á encerrar en la perrera,
 Pues temí que nos fuera inoportuna.

Carlos.

Bien hicistes á fé, y ¿qué hace ahora?

Pascual.

Ora grita, ora insulta, ora maldice,
 Ora en fin, suplicante ruega y llora.
 ¿Y qué creeréis, Señor, qué es lo que dice?

Don Carlos.

Algo de estrafalario y de risible!

Pascual.

Que se le lleve al Duque y se le exija
 Que no cometa un crimen tan horrible,
 Que se le advierta que la niña es su hija.

Carlos.

¿Del Duque?

Pascual.

Sí, señor.

Carlos.

¿Y de ella acaso?

Pascual.

Aunque al Duque pisar no ví esa yerba.

Carlos.

Sí, la niña brotó del espinazo,
 Como salió de Júpiter, Minerva.
 ¿Y por ella la niña no ha indagado?

Pascual.

A ver á Doña Luisa fuí al momento,
 Y á quitar á las monjas el cuidado.
 Le dije, Doña Juana fué al convento.

Carlos.

Veo, Pascual, que vales un tesoro
Y que iguala tu audacia á tu prudencia,
Y no alcanza del orbe todo el oro
Para pagarte bien. Mas mi presencia
Para entrar en acción se necesita.

(Sale Pascual.)

Escena V.

Carlos y Enriqueta, que ha estado escuchando.

Enriqueta.

¡Realidad horrible!

(á Carlos) ¡Caballero!

Carlos.

En qué puedo servirlos, mascarita?

Enriqueta.

Dispensad que os detenga. Solo quiero
Saber la hora en que la boda empieza.
¿Porque vos sois el Duque?

Carlos.

¡Picarona!

¡Conoceis el secreto!

Enriqueta.

¿Y la Duquesa?

Carlos.

Arreglando sin duda su persona.

Enriqueta.

¿Y donde se halla la nupcial estancia?

Carlos.

En frente la tenéis. ¡Sois muy curiosa!

Enriqueta.

Es que de verla, Duque, tengo ansia.
¡Me han dicho por allí que es tan hermosa!

Carlos.

¡Sí; verdad es; mas dispensad os deje
Y que sea con vos menos galante.
Linda me parecís, y que me aleje
Deseando estará más de un amante.

Escena VI.

Enriqueta, y despues Juana.

Enriqueta.

Aquí debe de estar..... ¡Juana! (á Juana
que entra en la escena al abrir la puerta).

Juana.

Señora,
 ¿Dó está, decidme, el Duque de Caserta?
 (á Enriqueta que la detiene)
 Soltadme, porque acaso no es ya hora
 De que su horrendo crimen yo le advierta.

Enriqueta.

Esperad.

Juana.

No, soltadme, estoy de prisa.

Enriqueta.

Si no quieres que á fuerza te lo exija,
 Espera. (quitándose la máscara).

Dí, ¿qué has hecho de mi Luisa?
 ¿En dónde está? Responde: ¿Dó está mi hija?

Juana.

¡Señora, por piedad! Soy inocente;
 Como ella con infamia fui engañada;
 Tampoco ella, os lo juro, es delincuente.
 Con el amor de padre fasinada,
 Creyó el amor del Duque un amor santo
 Que llevarla á su lado pretendía,
 Y que podría con su padre tanto,
 Qué en lazo conyugal os uniría,
 Yo también lo creí: Como ignorante

Y crédula, á su mal he cooperado.
 Hoy en mi cárcel supe que es su amante,
 Y á gritos que es su hija he pregonado,
 Y que se evite el crimen; mas burlada
 Mis súplicas dejara el carcelero.
 Entonces, ved mi mano ensangrentada,
 He roto con mis uñas el acero
 De los cerrojos y salí corriendo,
 Por si al Duque evitarle yo pudiera
 Que cometa un pecado tan horrendo,
 Que nunca él á sabiendas cometiera,
 Mas corramos, Señora, es tiempo acaso.

Enriqueta.

Te engañas, Juana. El Duque no interviene.
 Ni para este complot ha dado un paso,
 Otro es el seductor y no conviene
 Sin recato marchar y sin prudencia.

Juana.

Ví de lejos al Duque y por la noche;
 Más os digo que tengo la evidencia
 De haber visto las armas de su coche,
 Y en ese mismo coche hemos venido.

Enriqueta.

Fue la pasada noche muy oscura,
 Y hacer creer que es el Duque él ha fingido;
 Mas yo, Juana, te digo estoy segura

Que el raptor no es el Duque. He escuchado
Del que os condujo aquí la historia entera,
Y con el raptor mismo he conversado,
Desentrañando su intención artera.
Esta es la habitación del libertino
Y aquí debe venir. ¡Tiene paciencia
Para gozar de ese placer divino
De aspirar poco á poco la inocencia!
Mas el juicio de Dios ya se revela
Libertando á los justos que se oprimen,
Dios colocóme aquí de centinela
Para evitar el crimen con el crimen...
Pero ni una palabra, ni una queja
Que traicione el intento de mi pecho.
¿Quién aquí á la virtud piensas proteja
Si es la fuerza del crimen el derecho?

Juana.

Daré al pueblo inmediato la noticia
Y vendrán de nosotros en auxilio.

Enriqueta.

Parecerá muy leve á la justicia
Para allanar de un rico el domicilio,
Y tendrás por respuesta una sonrisa
Y envidia al pecador por el pecado,
Y el honor entretanto de mi Luisa
Será por el infame mancillado.

Las leyes no conocen para la honra
Reparación completa y merecida.
Quien evitar quisiere la deshonra
Entregar ó quitar debe la vida.

Juana.

Vuestro dolor, Señora, os ha exaltado.
Procurad manteneros con más calma.

Enriqueta.

Si para esto mi cuerpo he disfrazado
Procuró enmascarar también mi alma.
Si la honra de Luisa te interesa
Procúrate un vestido en cualquier parte.
No podrás ayudarme en esta empresa
Sin tener la careta y disfrazarte.
Buscar puedes así por los salones,
Sin que seas por nadie descubierta,
A nuestra Luisa. Estas habitaciones
Recorreré entretanto, estaré alerta.

Escena VII.

Duque y Luisa.

Duque.

Ya de importunos libres, un momento
Siéntate y conversemos, Luisa mía.

Luisa.

¿Por qué Juana no viene?

Duque.
En el convento
Sin duda algún quehacer la detendría.

Luisa.
¡Irse sin avisarme! ¡Es muy extraño!

Duque.
El caso era sin duda muy urgente.

Luisa.
Mas ¿no hay temor que sufra ningún daño?

Duque.
El convento está cerca, y buena gente
La acompaña te he dicho. De otra cosa
Hablemos te lo ruego.

Luisa.
En el coche
El camino fué corto.

Duque.
Niña hermosa,
Cambia conversación.

Luisa.
Pero es de noche
Y el camino quizá no es muy seguro.
Déjame que me asome á la ventana.

Duque.
¡Oh! No tengas cuidado. Yo te juro
Que no hay ningún peligro para Juana.

Luisa.
Pues que tú lo aseguras, sin cuidado
Debo yo de quedar. No hablemos de ello.

Duque.
Por qué encuentro tan mústio y recatado
Tu rostro siempre vivo y siempre bello?

Luisa.
En efecto, tu baile me embaraza,
Y siento aquí (*señalando el corazón*) como
(algo de tristeza)

¿Tienes frecuentes fiestas en tu casa?

Duque.
El baile es el tributo á la belleza,
Y quise celebrar tu bienvenida.

Luisa.
Y yo contigo sola estar quisiera.

Duque.
Baile, vino y amor, esa es la vida.
Gocémosla sin fin, niña hechicera.

Luisa.
Me habituare más tarde, si te agrada;

Mas nada de esto á la verdad me gusta:
Tanta dama tan poco recatada;
Y su modo de obrar hasta me asusta.
¡Dices que es del gran tono la costumbre!

Duque.

¿Y á tí te causa miedo?

Luisa.

Yo no digo
Que me cause temor; sí, pesadumbre;
¿Miedo por qué tener si estoy contigo?

Duque.

¡Ese modo de ser me maravilla!
Si es tanta tu aversión á las mujeres
¿Qué piensas de los hombres? Dí, chiquilla.

Luisa.

Que los hombres me gustan. Si tú quieres,
Encuentro alguno que otro impertinente;
Mas en lo general es su llaneza
Digna y sin grosería, no inconveniente,
Y como tú, revelan su nobleza,
Y es su modo de obrar cual es el tuyo.
Me hablaban con respeto y con aprecio;
Y no así á las demás. Quizá mi orgullo
Vé respeto hacia mí y á ellas desprecio.

Duque.

Igual á tu belleza es tu talento.

Seré, Luisa, feliz si tú me amas.

Luisa.

Sí; mucho te amaré, si estás contento
Sin tus bailes, tus fiestas y tus damas.
Los usos de la corte no conozco;
Mas no creí encontrar en la nobleza
Damas que miran con mirar tan hosco,
Que más parece envidia que grandeza.
Yo para comparar tengo un modelo.

Duque.

Y ese bello modelo eres tú misma,
Que me hace ver á Dios en ese cielo
Al través de tus ojos como un prisma.

Luisa.

Cállate, no interrumpas ó me callo,
Y no conversaremos como quieres.

Duque.

Es que busco un modelo y no le hallo
Más bonito entre todas las mujeres.

Luisa.

¡Vamos otro! ¿Te callas? O no sigo.

Duque.

Pues escoge el modelo que te cuadre,
Igual no será nunca al que es conmigo.

Luisa.

Ese lindo modelo está en mi madre,

Ni una debilidad jamás he visto
 En su carácter grande y elevado,
 Dios ese corazón tiene provisto
 De cuanto noble y digno hubo creado.
 Y à vivir con nosotros vendrá ella.
 Y tú te enmendarás. . . . y ella indulgente
 Contigo hará cesar toda querella.
 Y yo todos los días en tu frente
 Dejaré, como hoy, un tierno beso.

(Le besa y se arroja á su cuello.)

¿Es verdad que lo harás? ¡Oh, sí, amor mío!

Duque.

¿Has perdido sin duda, Luisa, el seso,
 Para que quepa en tí tal desvarío?
 ¿Cómo creer que se vendrá contigo
 Tu madre de un carácter elevado,
 Después que la dejaste, y que conmigo
 Te viniste á vivir?

Luisa.

¡Ayl! He faltado
 En verdad de mi madre á la advertencia,
 Cuando verte y hablarte me impedía.
 Y tal era el terror de su conciencia,
 Cuando la última vez me despedía
 Para volver á entrar en el convento,
 Que me dijo entre llanto y entre quejas:

“El temor de perderte en mi alma siento,
 Miedo si estás conmigo ó si te alejas.”

Duque.

Si hasta verme y hablarme prohibido
 Te fué por tu mamá ¿crees consintiera
 En olvidar ese odio merecido
 Que le debo inspirar, y conviniera
 En lo que no conviene madre alguna?
 Vamos, niña, dejad ese capricho
 Y dejemos obrar á la fortuna.

Luisa.

Que no te odia mi madre te he ya dicho,
 Y si pides perdón, ella sin duda
 Perdón por mi cariño te concede,
 Y para conseguirlo iré en tu ayuda,
 Quedándome contigo, si no accede.

Duque.

Niña, niña ¡por Dios! en tu inocencia
 De asuntos no has de hablar que no conoces,
 Deja del porvenir á la experiencia
 El darnos ó quitarnos nuestros goces.

Luisa.

Y bien, aguardaré si lo deseas,
 Sin que pierda por esto mi constancia,
 Dices que soy muy niña; mas no creas
 Que no entiendo de asuntos de importancia.

Duque.
Muy bien dicho, mi linda bachillera;
Mas al baile volvamos un momento.

Luisa.
No, no vuelvas al baile... Yo quisiera
Ir á mi cama ya. Vamos adentro.

Duque.
Vamos, pues, á acostar linda sirena.

Luisa.
Para acostarme sola, tengo miedo,
Y que dejes el baile me dá pena.

Duque.
Para dicha mayor contigo quedo.

Escena VIII.

Dichos y Enriqueta.

(Al abrir el Duque la puerta para entrar,
Enriqueta le asesta una puñalada que Lui-
sa evita interponiéndose, y Enriqueta deja
caer el puñal al conocer al Duque.)

Luisa.
Yo la culpable soy, hiere mi pecho.
Si eres mi madre tú, él es mi padre,
Y como tú también tiene derecho.

Enriqueta.
¡Horror! ¡Horror!

Duque.

¡Su madre.....! ¡ella su madre!

Luisa (al Duque)
Perdónala, amor mío, ella te adora,
Su corazón conozco. Fué impelida
Por su celo imprudente. Ved que llora,
De su terrible intento arrepentida.

(El Duque se acerca á una mesa, toea
una campanilla y dirigiéndose al mayordo-
mo que entra, le dice:)

Haced venir á todos mis amigos,
A mis amigos, ¿comprendéis?

(Sale el criado y hablando el Duque
consigo mismo, exclama:)

Malvado
He sido yo hasta aquí. Sean testigos
Como repara un noble su pecado...
La mano poderosa del destino
No en mi pecho extinguió la virtud que arde,
Pude pasar muy bien por libertino,
Mas jamás por la infamia de un cobarde.

(Mientras el Duque habla, Luisa, sin comprender lo que dice, se va acercando asustada á Enriqueta como para protegerla, y los nobles convidados van entrando y colocándose enfrente.)

Dispensadme, mis nobles caballeros,
Os invité á pasar noche de orgía;
Y ahora con dolor voy á exponer
Asunto relativo á la honra mia.
Una mujer amé, digna y virtuosa,
Que me entregó su vida y su hermosura.
Para gozar su amor la hice mi esposa,
Con la más vil y páfida impostura.
Supuesto sacerdote el nudo santo
Fingió que bendecía, y mi existencia
Corrió feliz, con engañoso encanto
Sofocando la voz de mi conciencia;
Mas al fin descubierta la impostura,
VÍ desaparecer mi dicha entera:
Una esposa engañada y siempre pura,
Y una hija cuyo amor mi gloria era.
La necia vanidad de mi nobleza,
Y el no hablar de un delito cometido,
Que mostrarán de mi alma la vileza,
Mi crimen reparar han impedido.
Un ángel de candor en mi conciencia
La noción del deber ha despertado,
Y el divino poder de su inocencia
Es más fuerte en mi alma que el pecado.

Hecha la confesión de mi delito,
A los grandes de España testimonio
Para esta noble dama solicito,
Que al unirse conmigo en matrimonio
Yo juro por mi honor y mi nobleza,
Que yo fui criminal y ella inocente;
La honra para ella sea, la vileza
Solo alcance al delito y deliciente.

(á Enriqueta, arrodillándose).

Fui delincuente, criminal, impío;
Mas de rodillas tu perdón reclamo.
Perdona por tu amor

Enriqueta.

¿Cómo no perdonarte si te amo?

Luisa.

¿Y por qué tú, mamá, perdón no pides,
Pues tu celo hace poco injustamente
Obró contra nosotros? No lo olvides.

Duque.

Oh mi ángel de candor, niña inocente,
Perdona tú á mamá con un abrazo.
La puerta del perdón está ya abierta.

(volviéndose á los nobles).

Tejaremos mañana el nupcial lazo
Del Duque y la Duquesa de Caserta.
Al Rey referiré mi historia toda,
Y su permiso me será otorgado.
Y espero todos honraréis mi boda.

(Los nobles se inclinan).

Mas me había, señores, olvidado,
Que el baile os habrá abierto el apetito.
Al comedor pasémos. Arreglados
Están ya los manjares. Necesito
Que hombres solos seais los convidados.

(Toca la campanilla, y señala al mayordomo
que entra, los grupos de máscaras que se
ven á lo lejos en el jardín).

Arrojad y pagad esas mujeres.

(á los convidados).

Dispensadme, señores, que esto exija,
Que haber no puede impúdicos placeres
En donde habitan mi mujer y mi hija.

FIN.

